

LIBERALISMO Y LAICIDAD

Juan Pina



Cuando vemos en una gráfica del progreso material de la humanidad, lo primero que llama la atención es que la curva ha sido muy discreta, casi plana, durante casi todo su recorrido. Cinco grados de elevación a lo sumo. Sólo a partir de un punto concreto, bastante reciente en comparación con los milenios transcurridos desde que salimos de las cavernas, se produce una auténtica explosión de desarrollo que prácticamente llega a conformar un ángulo recto haciendo vertical esa línea, de golpe.

¿Qué les pasó a las sociedades humanas, sobre todo en el Noroeste de Europa, en lugares tan significativos como los Países Bajos o Escocia, o en la intelectualidad de metrópolis como Londres, París o Viena? ¿Qué fue lo diferente? ¿Qué explica que de pronto Occidente despegara a gran velocidad instaurando un paradigma social, cultural, político y económico diferente, el cual se fue extendiendo después como una mancha de aceite, primero por Europa y Norteamérica, y después por el resto del mundo? ¿Qué nos llevó, en menos de trescientos años, de morir a los cuarenta, soportar la peste negra, aceptar la servidumbre y el patriarcado y vivir presos de un temor permanente, a transplantar corazones, pisar la Luna, reducir la pobreza extrema a su mínimo histórico —ya es inferior, hoy, al 9% de la población mundial—, liberar y equiparar a la mujer y a las minorías sexuales, etnoculturales o religiosas, y doblar la esperanza de vida del ciudadano medio? A mi juicio, lo que pasó fue que por fin prendió la llama de la libertad, y su luz iluminó el camino de nuestra especie.

El símbolo más reconocido de ese cambio en el itinerario humano es la estatua de la Libertad, que la ciudadanía de Francia, no el Estado francés, regaló a los Estados Unidos, sufragándola mediante aportaciones que fueron, como toda aportación debería ser en un marco de libertad, voluntarias. El primer liberalismo, que los politólogos llaman clásico, tuvo la gran virtud de iniciar la atomización, o como mínimo la descentralización, del poder político mediante el parlamentarismo y el pluralismo; la del poder económico mediante el librecambismo, la del poder social mediante la revocación de las prerrogativas del clero, y la del poder aristocrático mediante el florecimiento de la burguesía, que trajo la revolución de la movilidad social y el fin de las castas inamovibles. Deirdre McCloskey ha reflexionado en una magnífica trilogía sobre la crucial importancia de los valores burgueses para la eclosión del mundo moderno que hoy disfrutamos en Occidente y al que aspira todo el planeta, es decir, del orden liberal ilustrado.

Los sistemas anteriores de organización de la sociedad habían sido, con pocas excepciones, tendentes a la concentración del poder, pero de pronto cobró fuerza la tendencia opuesta. Se comprendió que era mejor —más eficiente— la producción independiente de cuanto demandara la gente, que gestionar paquidermos centralizados como la Real Fábrica de tal o cual cosa; que era mejor —más justo— que cada persona pudiera prosperar por sus méritos, antes que tener asegurada una renta o tener asegurada la miseria sólo por pertenecer a este o

aquel estamento social; que era mejor —más fecundo— que el conocimiento estuviera distribuido en la sociedad y cualquiera pudiera consumirlo y también generarlo, y saliera así de su cicatero almacenamiento bajo llave en los monasterios.

Visto desde otro ángulo, lo que pasó fue que una parte clarividente de la humanidad logró zafarse de las ataduras místicas impuestas por una jerarquía autoperpetuada, y eso lo cambió todo al encaminarnos hacia la laicidad. Es una triste broma que algunos sedicentes libertarios reclamen hoy el poder terrenal de aquel clero como una "institución intermedia" en la sociedad que, supuestamente, no era Estado. Claro que era Estado.

El gran punto de inflexión que precipitó y afianzó la tendencia a la pérdida de poder terrenal fue la Reforma. Al afirmarse el derecho de cada ciudadano a leer e interpretar individualmente las escrituras tenidas por sagradas, se antepuso por fin el libre albedrío a la obediencia jerárquica. Y además, para leerlas había que saber leer, por lo que la educación pasó a ser entendida como una necesidad universal.

La Reforma sentó las bases del pluralismo ideológico. De ella surgieron las más variadas agrupaciones de creyentes, algunas sensatas y avanzadas, otras delirantes. Pero en general, si había libertad nada menos que para interpretar la palabra de Dios, ¿cómo no iba a haberla para interpretar las leyes humanas, o para reformarlas? ¿Cómo no iba a haberla para cuestionar al monarca, o sustituirlo, o promover una república? ¿Cómo

no iba a haber libertad para cuestionar la servidumbre, las castas sociales, el rol de la mujer, la esclavitud? La Reforma significó el principio del fin del oscurantismo dogmático y de la larga noche en la que había sumido a la humanidad. Y prendió sobre todo en los mismos lugares donde después iría avanzando el individualismo en lo filosófico, el capitalismo en lo económico y el liberalismo en lo político. De la lógica de la obediencia ciega y las verdades incuestionables se fue pasando lentamente a la lógica del contraste civilizado de opiniones y la relatividad y pluralidad de las vías para aprehender la verdad, cuya expresión política se encuentra en el parlamentarismo, la alternancia, el principio mayoritario y el derecho de las minorías.

Tanto en la política como en cualquier otro campo, dejó de considerarse impura o errada la discrepancia. Los dogmáticos siempre la habían presentado como una debilidad, porque dos o más no podían tener razón si decían cosas opuestas o divergentes, ya que la razón era única y la inspiraba Dios. Pasó a entenderse el pluralismo como generador de decisiones mejores, al tomarse de manera informada después de contrastar perspectivas diversas. Y de modo paralelo, en economía, la competencia pasó a entenderse como generadora de excelencia, y la persecución del lucro —en condiciones de seguridad jurídica, con igualdad legal para todos los operadores y con libertad de asociación y de negocio—, perdió la condición de pecado que había tenido en el mundo judeocristiano y por fin se comprendió

cabalmente que es el motor del desarrollo, pues éste no puede existir sin incentivos.

Pero hubo diferentes velocidades. El papado vio venir la laicidad, la desjerarquización social y el final del dogmatismo. Y se aferró, hasta hace relativamente poco, a la visión más dogmática imaginable. Veinte años antes de erigirse la Estatua de la Libertad, el *Syllabus* del papa Pío IX condenaba el liberalismo y la modernidad en su conjunto, y concluía diciendo literalmente “el romano pontífice no puede conciliarse con el liberalismo”. Mientras en Nueva York se daban los últimos martillazos a la estatua, en Barcelona el sacerdote carlista Sardà i Salvany, que acertadamente solía firmar con el pseudónimo “El Oscurantista” algunos de sus artículos, escribió —esta vez con su nombre— un opúsculo titulado *El liberalismo es pecado*.

Vano intento el del catolicismo menos reformista de finales del XIX, porque para entonces las constituciones de muchos países ya contenían cartas de derechos inspiradas en los grandes principios, no sólo del liberalismo, sino del librepensamiento como metodología filosófica y como talante en la sociedad, enarbolando estandartes como la separación de poderes, la igualdad jurídica entre los individuos y un creciente desprendimiento de la confesionalidad institucional.

España, en general, fue con retraso. Cundió la cerrazón absoluta a las ideas de libertad y aperturismo que venían del Norte, ya fuera en lo económico, en lo jurídico, en la gobernanza de la sociedad o en materia de valores y creencias. Lo resume muy bien Arturo Pérez-Re-

verte en una sola frase: “En Trento, España se equivocó de dios”. Así es: ya desde aquel Concilio de Trento, en 1545, España se había convertido en martillo de herejes, perseguidora de protestantes y brazo armado del papado —un papado que, sin España, habría fenecido probablemente en los tiempos posteriores, porque prácticamente no le quedaban otros apoyos importantes entre las grandes potencias militares de su tiempo—. España fue la potencia que impidió que la Reforma alcanzara a toda la Cristiandad occidental. Y pagó el precio.

¿Puede sorprender a alguien que, algunos siglos más tarde, fuera precisamente nuestro país el reducto polvoriento y atrasado donde aún se perseguía librepensadores, y que lo siguió haciendo hasta hace unas pocas décadas, y llegó a rechazar como cosa de extranjeros el progreso científico y tecnológico, al grito de “que inventen ellos”? Hay otro grito nefasto que también es muy propio de nuestra sociedad: “vivan las caenas” (es decir, viva el absolutismo). Cuánto se parece al grito de Millán-Astray de “viva la muerte”. Todas estas expresiones de la cultura predominante en España, transversal a las ideologías formales, explican bien, cómo siglo a siglo, hemos ido a la zaga de la Europa laica, librepensadora e innovadora, que quedaba en el Noroeste del continente. Y si hemos progresado pese a todo, ha sido porque nuestra ubicación geográfica, en el vecindario directo de la Europa libre, no nos ha dejado más opción, afortunadamente. Pero ni han faltado ni faltan hoy anglófobos y francófobos que, patrocinados por los sectores más arcaicos y tridentinos de la

iglesia predominante, condenan todo aquello que emana de los logros del liberalismo clásico, es decir, condenan el mundo moderno en su totalidad.

Hay quienes incluso idealizan las sociedades primitivas, pero éstas siempre fueron espacios de opresión. El Edén natural que nos han pintado, la Arcadia, es una gran mentira. El buen salvaje de Rousseau era cualquier cosa menos libre. La libertad fue avanzando conforme lo fueron haciendo la civilización, el intercambio y la tecnología. En el medio primitivo, la propiedad privada casi no existía, y la propiedad es el ámbito en el que se ejerce la libertad. La privacidad e intimidad de las personas estaba constantemente vulnerada. La gente vivía sometida a las imposiciones de un jefe tribal y sólo podía aspirar a tener la suerte de que le tocara uno benévolo. El desobediente estaba condenado a la represión o al ostracismo. La filósofa objetivista Ayn Rand explica cómo el primer esbozo de lo que luego será el Estado nace de la asociación de dos arquetipos presentes en toda comunidad primitiva: el brujo o chamán —que es, por supuesto, un embaucador o un supersticioso con mucha labia, o ambas cosas—, y el bruto o matón que impone a los demás su caprichosa voluntad por la fuerza. El primero proporciona al segundo legitimidad, y el segundo da al primero ejecutividad. El matón impone las normas que dicta el chamán, y el chamán confiere honorabilidad y oficialidad al matón, que de otra forma sería tenido por inmoral. Son una asociación de malhechores perfecta. Cada uno da al otro lo único de lo que carece.

La sociedad tardó milenios en salir de ese sometimiento al tándem de la casta clerical con la casta militar, de la que había nacido el Estado autoritario, que en general ha sido el tipo de Estado predominante a lo largo de casi toda la Historia. El Renacimiento, la Reforma y sobre todo la Ilustración fueron los hitos que pusieron fin a la larga noche del oscurantismo religioso, sí, pero con él también del autoritarismo de unos Estados incuestionables. Se pudo así por fin embridar el Estado en busca de un gobierno limitado y bajo control de los gobernados, para dejar de ser súbditos y pasar a ser ciudadanos.

Los politólogos denominan “democracia liberal” al sistema de gobernanza de las sociedades que emergió de la Ilustración. No es sorprendente que en 2014 el primer ministro nacional-populista húngaro Viktor Orbán inventara el concepto de “democracia iliberal” para referirse al modelo opuesto, que él promueve, y que viene a ser más o menos una democracia como la de Rusia, país que, como Hungría, está dando pasos atrás, entre otras cosas, en su laicidad.

Es inmensa la aportación de los librepensadores partidarios de la laicidad en los siglos XVIII y XIX a la cristalización paulatina del sistema democrático, y particularmente efectiva fue su influencia en procesos como las revoluciones americana y francesa o en la emancipación de las colonias españolas. El marco democrático liberal establece un mínimo común denominador en cuanto a valores derivados de las distintas cosmovisiones. Se entiende que son los ciudadanos quienes libremente pue-

den tener las creencias místicas que prefieran, pero sin que ello imponga consecuencias al resto de las personas, ni condicione el Derecho ni la acción de gobierno. Y a eso tan sencillo y obvio es a lo que llamamos laicidad.

Como la idea de Dios es vaga, polisémica, variable e incognoscible, además de solapable y negable, el marco institucional debe ser tan aséptico y neutral en esta materia como sea posible. La gran conquista del liberalismo clásico fue la privatización del hecho religioso. Fue una conquista para los no creyentes pero también lo fue —y así lo reconocen bastantes cristianos— para aquellos que, pese a tener una determinada fe, no consideran correcto imponérsela a los demás mediante la coerción estatal y entienden que el proselitismo legítimo es el que se hace con la palabra y el ejemplo, no con el BOE.

Al separar Iglesia y Estado se garantizó a todo el mundo la libertad de creer y de vivir su fe, cualquiera que esta fuera. Pero, por otro lado, se liberó a las demás personas de tener que simular creer, o regirse a disgusto por valores ajenos, por mayoritarios que fueran. Lo esencial de una sociedad libre no es que se haga la voluntad de la mayoría —criterio que sólo debe afectar a lo estrictamente público y sólo en ausencia de opciones de individualización de las decisiones—, sino que se respete a las minorías y sobre todo a la "menor minoría" en palabras de Ayn Rand: los individuos. El principio básico de la laicidad puede resumirse en una frase: "tu religión te obliga a ti, no me obliga a mí". Y de esa simple constatación se sigue que el espacio común, público, debe ser igualmente

acogedor para ambos, por lo que ni yo puedo proscribir tu religión ni tú puedes teñir de ella ese espacio común en el que convivimos o, como mínimo, coexistimos.

La laicidad es un avance histórico tan enorme que por sí solo puede explicar gran parte de la verticalización de la curva de desarrollo de la humanidad. ¿Por qué lo afirmo? Pues porque la principal beneficiaria de la laicidad fue la ciencia, junto a su consecuencia práctica: la tecnología. Si el conocimiento y su transmisión hubieran seguido restringidos a una élite social y clerical, jamás se habría producido la explosión de información y cultura que llegó a las capas medias de la población y fue alcanzando poco a poco a los más humildes. A las pruebas me remito. ¿Cuánto desarrollo hubo durante los siglos interminables en los que la práctica totalidad del conocimiento estuvo encerrado en el ámbito monacal? Es una broma de mal gusto que encima se nos diga que los monasterios "salvaron" el saber antiguo. En general los jerarcas religiosos lo mantuvieron monopolizado, destruyendo o escondiendo cuanto no les cuadraba y dosificando lo demás con cuentagotas a una minoría aprobada por ellos para acceder a ese saber. Al mismo tiempo, si el comercio hubiera seguido en manos de la Corona y no hubiera pasado a los mercaderes y a miles de pequeños empresarios burgueses, nunca habría habido revoluciones industriales. El humano afán de beneficio legítimo lleva a la innovación para producir más, mejor o más barato en competencia con otros que intentan lo mismo, generando así excelencia para satisfacer

mejor a aquellos que, a cambio, le brindarán a uno liquidez. Esto a su vez tira de la tecnología, y la tecnología tira de la ciencia, y el imperio de la ciencia y del comercio dismantelan la centralización del poder y la unicidad forzosa de las creencias.

Además, esta lógica, la lógica de la tolerancia y la desjerarquización social, impone a las religiones unos límites concretos. Nada se les impide en cuanto a la enseñanza de un código moral a practicar por sus fieles, pero sí se les conmina a respetar la libertad de cualquier otra persona, incluidos quienes en algún momento se distancien de su fe originaria. Nada se les prohíbe a la hora de hacer proselitismo civilizado, pero sí se proscriben la conversión forzada, el sometimiento de seres humanos y la agresión a los supuestos "infieles". Nada se les niega en cuanto a la práctica de sus ritos, pero no se pueden extender sus símbolos ni la financiación de su culto al ámbito de las administraciones públicas, porque se estaría agravando a las demás confesiones y a los no creyentes.

En este sentido, el grado de implantación de la laicidad ha variado de unos países a otros, y en España todavía quedan vestigios de confesionalismo oficial que deberían desaparecer. Para ello, a mi juicio, debería derogarse el concordato, que es un tratado entre España y un Estado ficticio —el único del mundo que no responde a la organización política de una población natural en un territorio—, un Estado con menos de mil habitantes, ninguno de ellos autóctono y casi todos varones, un artificio jurídico-internacional creado por Mussolini mediante el

Tratado de Letrán en pleno 1929, sesenta años después de que los Estados Pontificios se hubieran incorporado a Italia. ¿Cómo es posible que siga vigente un tratado firmado por España con un Estado así? El texto comienza invocando a la Santísima Trinidad, lo cual, por supuesto, contradice expresamente la Constitución vigente. ¿Puede esa invocación anteceder a una ley que debemos acatar todos, o puedo interpretar que me exime, como ateo, de su cumplimiento? Es un despropósito.

Ser partidario de la laicidad no implica perseguir ni someter a los creyentes ni a las organizaciones religiosas, sino simplemente hacer cumplir el principio fundamental de que su actividad se circunscriba al seno de su comunidad. Pueden emplear, en orden, las calles y plazas públicas para sus principales ceremonias y festividades, pero no vulnerar los derechos idénticos de otras comunidades religiosas o de otras agrupaciones cualesquiera de individuos, ni tampoco pretender subvenciones con cargo a los impuestos que, debe recordarse, también pagamos los no creyentes.

Del debate respetuoso entre creyentes y no creyentes surge siempre un importante aprendizaje para todos. El problema no es el hecho religioso vivido por millones de personas, el problema es el dogmatismo religioso. El problema no son las diversas confesiones sino el confesionalismo; no es la moral de cada persona o grupo, es el moralismo; no es la proliferación de sectas, es el sectarismo; no es tener una cosmovisión, es coacer a los demás para asumirla y tener por hereje a quien no lo haga.

Lo importante de la religión no es “cuál” sino “cuánta”, es una cuestión de grado. Mejor el islam liberal y tolerante de la Turquía de Atatürk que el catolicismo dogmático de la España de Franco. Pero mejor el catolicismo tolerante y sujeto por la democracia en la España actual que el islam rigorista que ha alcanzado bastante poder terrenal en la Turquía de hoy. Mejor el protestantismo anglosajón que el catolicismo latino, en general, pero mejor el catolicismo estándar de cualquier país latino que el protestantismo fundamentalista que niega transfusiones a los niños en algunos lugares de Norteamérica. Todo es cuestión de grado, y la laicidad es el marco general que, respetando el hecho religioso, que tan importante resulta ser para millones de personas, lo encauza para hacerlo compatible con el sentido común

y la racionalidad, y lo confina a su espacio natural, que es el particular.

La laicidad es uno de los cimientos principales del mundo moderno, junto a la movilidad social y la libertad económica. Y muchísimos fueron los liberales y librepensadores que contribuyeron decisivamente a hacerla realidad, en algunos casos sufriendo persecución, exilio y muerte, o simplemente la incompreensión de sus contemporáneos. La humanidad progresó dejando atrás las tinieblas al comenzar a asumir la laicidad como ingrediente esencial de la libertad, y la gráfica de su desarrollo se puso de pie. Debemos seguir defendiendo en el futuro la laicidad, sobre todo porque no dejan de reaparecer una y otra vez movimientos dogmáticos que pretenden restaurar el orden preliberal y preilustrado.

Sobre la Fundación para el Avance de la Libertad

La visión que inspira a la Fundación para el Avance de la Libertad (Fundalib) es la de unas sociedades humanas prósperas, organizadas mediante el orden espontáneo de la cultura y del mercado, y respetuosas de la libertad individual de todos sus integrantes. Esta visión se concreta en la siguiente declaración de misión, que es también un llamamiento a cuantos quieran unirse a nosotros en este esfuerzo: *“Nuestra misión es promover el avance de la Libertad individual humana en todos sus aspectos y el éxito de las organizaciones y entidades que la impulsan y defienden”*.

En desarrollo de su misión, esta fundación libertaria organiza eventos y publica libros, informes y otros documentos así como material audiovisual. En particular, edita índices comparativos sobre la situación de la libertad en diversos ámbitos temáticos y geográficos. La revista mensual AVANCE de la Libertad llega a miles de lectores todos los meses. Los representantes de la Fundación participan en todo tipo de actos y en los medios de comunicación. Los proyectos de la Fundación han recibido diversos premios europeos y mundiales. La Fundación forma parte de la Red Atlas, que agrupa a los institutos de pensamiento liberales clásicos y libertarios en todo el mundo.

Corren tiempos difíciles para la Libertad de todos. Necesitamos tu apoyo. Hazte Amigo de la Fundación y suscríbete a nuestros proyectos y a la revista o haz una donación en fundalib.org/don/



Propiedad intelectual. Esta obra se publica bajo la licencia de Creative Commons “CC Attribution-NonCommercial 4.0 International” (CC BY-NC 4.0). Se permite expresamente la

reimpresión y reedición del contenido para cualquier fin en tanto no se modifique ni rehaga y siempre que se acredite la autoría, así como la condición de la Fundación para el Avance de la Libertad como entidad editora. Toda cita del presente informe deberá ser fiel y estar correctamente contextualizada. Toda mención digital deberá llevar el correspondiente enlace de hipertexto a la versión digital presente en el sitio web de la Fundación.

Fundación para el Avance de la Libertad, abril de 2024.
Gran Vía, 6, 4ª planta, E-28013 Madrid (España).
www.fundalib.org | contacto@fundalib.org
Coordinador de la colección Informes de la Fundación: Juan Pina.

Impreso en España | Imprimé en Espagne



Ética financiera. Para la investigación y para la publicación de este informe no se ha gastado dinero del contribuyente ni se ha aceptado subvenciones estatales. Si deseas realizar una donación para apoyar a la Fundación, por favor escanea el código QR o visite www.fundalib.org/don. También puede adquirir camisetas y otros productos en: tienda.fundalib.org



Atlas Network. La Fundación se enorgullece en formar parte de la Red Atlas, una plataforma compuesta por unos quinientos *think tanks* de un centenar de países que trabajan por la libertad tanto económica como personal. Para más información, por favor visite el sitio web de la Red Atlas en la dirección siguiente: www.atlasnetwork.org.

INFORMES DE LA FUNDACIÓN

La línea de publicaciones *Informes de la Fundación* persigue el objetivo de tratar de manera sucinta todo tipo de cuestiones específicas que resulten relevantes a la causa de la libertad, con una extensión limitada y un lenguaje divulgativo. Los autores son especialistas o estudiosos de las diversas áreas y cuestiones tratadas, y las abordan desde una perspectiva particularmente favorable a las ideas de la libertad, cuya promoción es el objetivo de la fundación editora.

LIBERALISMO Y LAICIDAD

En esta reflexión el autor se ocupa de la conexión existente entre el auge de la laicidad occidental y el camino vertiginoso de esa parte de la humanidad, que en apenas tres siglos le llevó de las hambrunas y el oscurantismo al nivel más alto alcanzado de progreso científico y tecnológico y, por ende, de progreso material y desarrollo económico. El autor rinde tributo a los librepensadores que se dejaron la piel a lo largo de los últimos tres siglos para darnos el mundo moderno, cimentado en los valores burgueses, el contraste civilizado de opiniones y la laicidad.

